

Los viajes de Belgrano



Los viajes de Belgrano

Los viajes de Belgrano



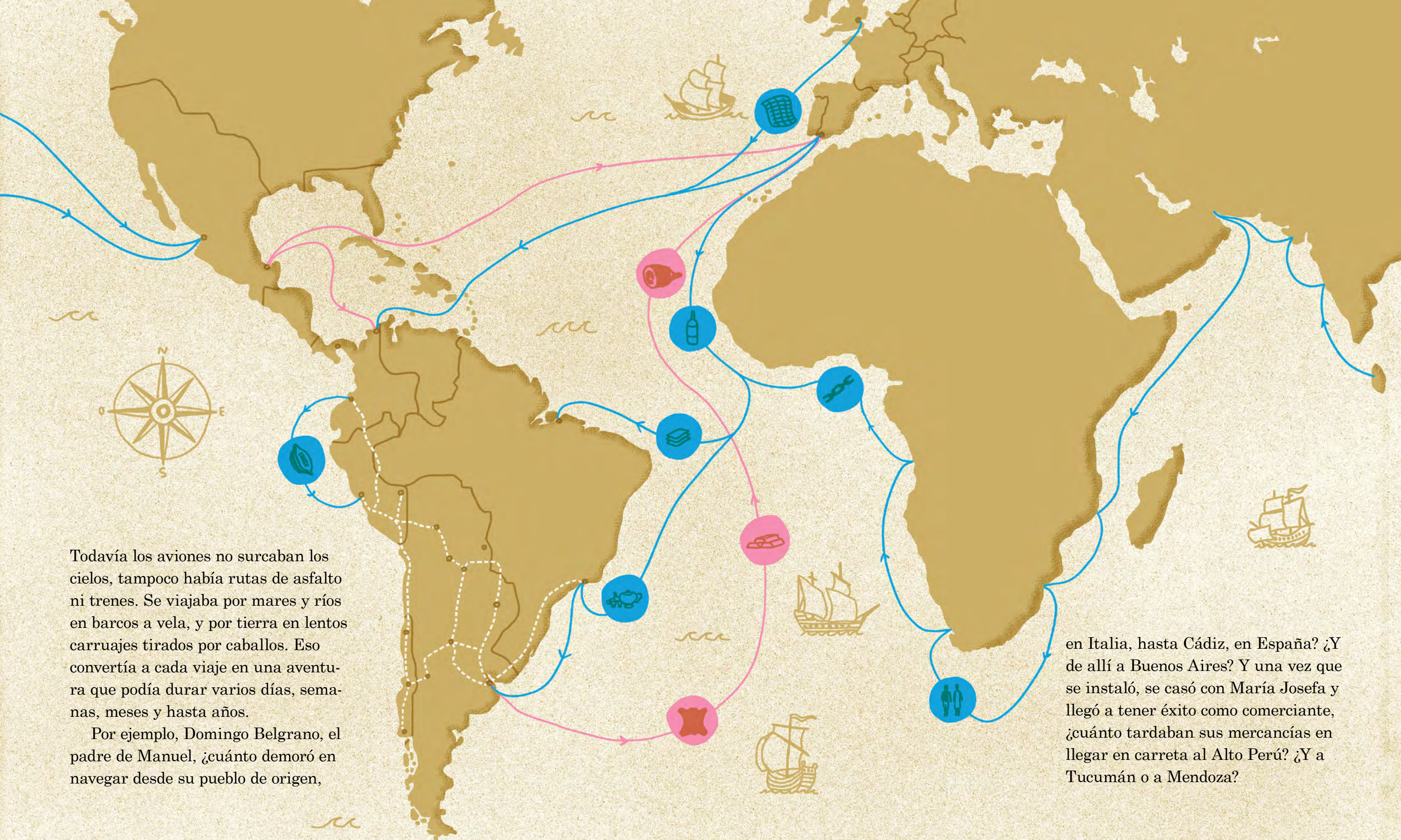
Contenido: Programa Argentina 200 Años

Textos: Agustín Alzari

Ilustraciones: Malena Guerrero

Aunque parezca increíble tratándose de un libro de viajes, Manuel Belgrano nunca se tomó vacaciones. ¡Y claro que las hubiera necesitado! Pero en aquel tiempo, nadie que no fuera un emperador, un rey o un noble con castillo, viajaba por descanso.

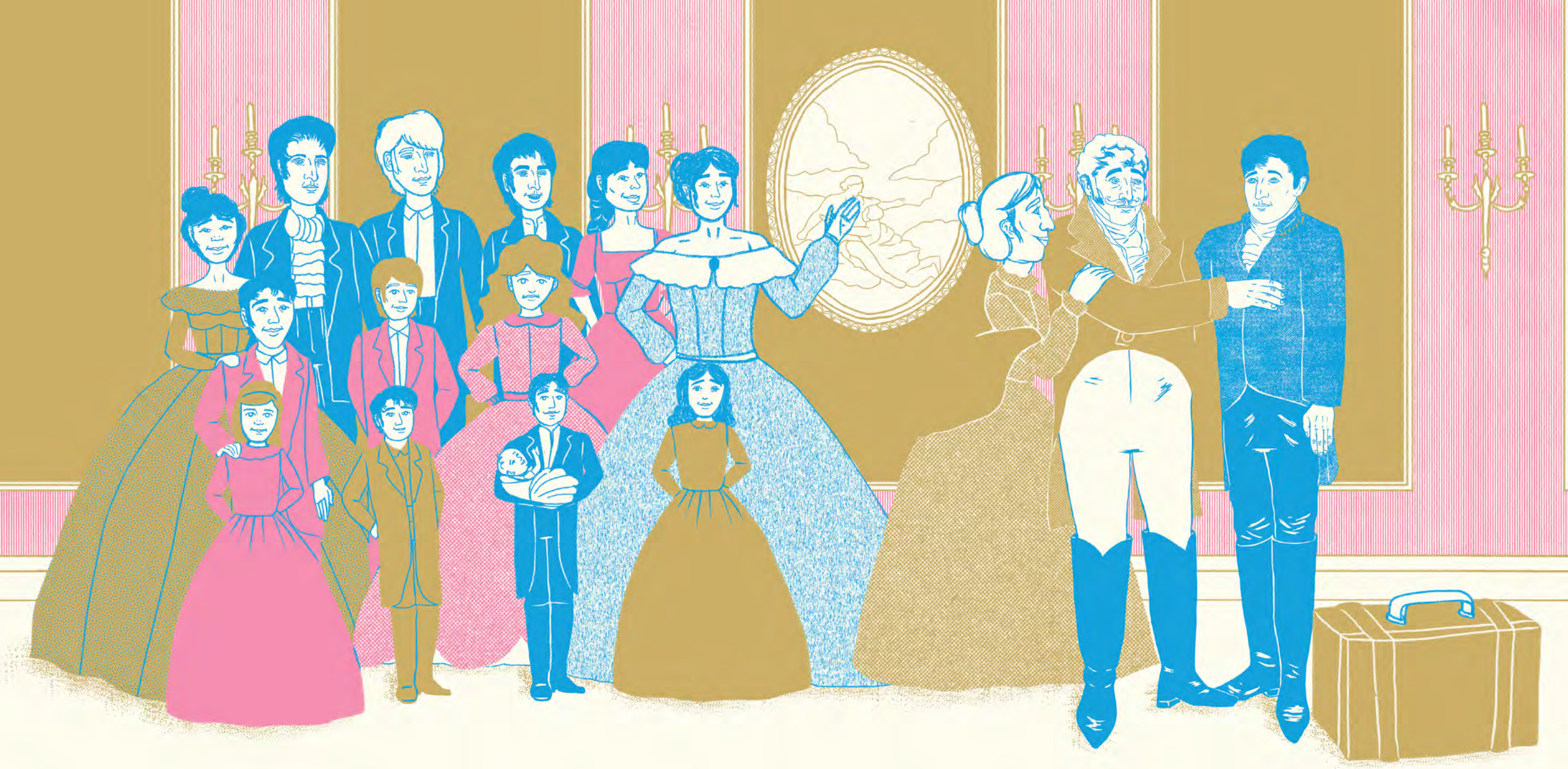




Todavía los aviones no surcaban los cielos, tampoco había rutas de asfalto ni trenes. Se viajaba por mares y ríos en barcos a vela, y por tierra en lentos carruajes tirados por caballos. Eso convertía a cada viaje en una aventura que podía durar varios días, semanas, meses y hasta años.

Por ejemplo, Domingo Belgrano, el padre de Manuel, ¿cuánto demoró en navegar desde su pueblo de origen,

en Italia, hasta Cádiz, en España? ¿Y de allí a Buenos Aires? Y una vez que se instaló, se casó con María Josefa y llegó a tener éxito como comerciante, ¿cuánto tardaban sus mercancías en llegar en carreta al Alto Perú? ¿Y a Tucumán o a Mendoza?



Quizás fue al ver partir un barco hacia destinos remotos que Manuel imaginó su futuro. O tal vez fue idea de su padre, el comerciante. Como sea, viajaría a España a estudiar Leyes. Para ese entonces, los Belgrano eran una familia numerosa y acomodada. Tenían muchos

hijos y podían darse el lujo de enviar a algunos de ellos a Europa.

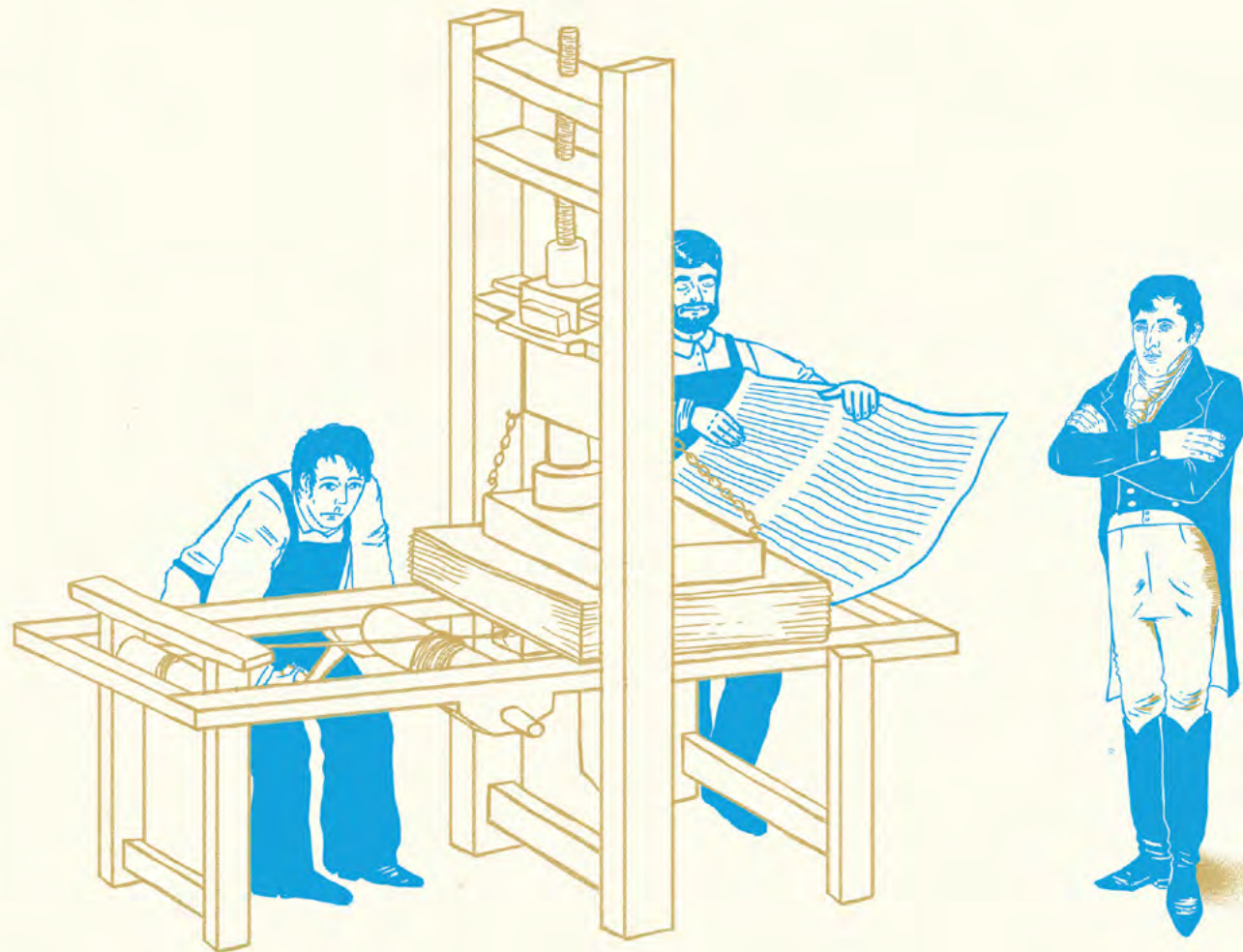
Así, al terminar el colegio, todo estaba preparado para que Manuel emprendiera el primero de los grandes viajes de su vida.



Una vez en España, estudió en Salamanca y luego se trasladó a Madrid, donde fue practicante de Derecho. Pero Manuel también hacía otro montón de cosas: se ocupaba a desgano de los negocios del padre, veía a sus amigos, charlaba con sus profesores, caminaba por las calles, disfrutaba de la comida, de la moda y de las tertulias. Y fueron esas cosas, en definitiva, tan importantes como sus estudios. Por entonces ocurrió la Revolución Francesa, que dio impulso y puso en debate las ideas de la

Ilustración. Se hablaba, en plena monarquía, de libertad e igualdad, de experimentos científicos, de desarrollo económico, conceptos que Manuel supo defender en su lucha por un futuro mejor.

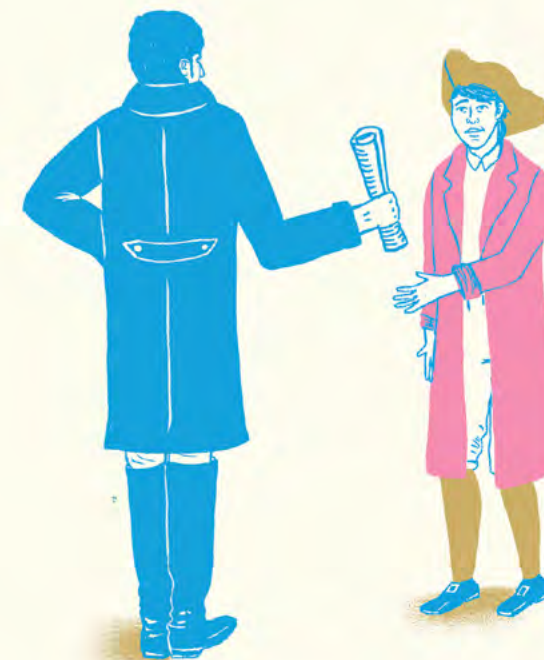
Pero lo primero que debió aprender, fue a esquivar los cientos de coches tirados por mulas que cruzaban a toda velocidad, sin detenerse, por las calles malolientes del centro de Madrid.



Las comunicaciones eran muy diferentes a las de ahora. No había ni siquiera un sistema de correo confiable que trajera y llevara las cartas de papel alrededor del mundo. Belgrano y sus padres las escribían, las ponían en un sobre y se las mandaban a través de viajeros que cruzaban el océano. Algunas llegaban, otras se perdían en el camino.

Así que imaginen la sorpresa de los padres al verlo bajar del barco con 24 años y convertido en un funcionario de Comercio de la corona española.

—Eres el más bello, inteligente y elegante funcionario que haya pisado jamás esta ciudad —dijo su madre.



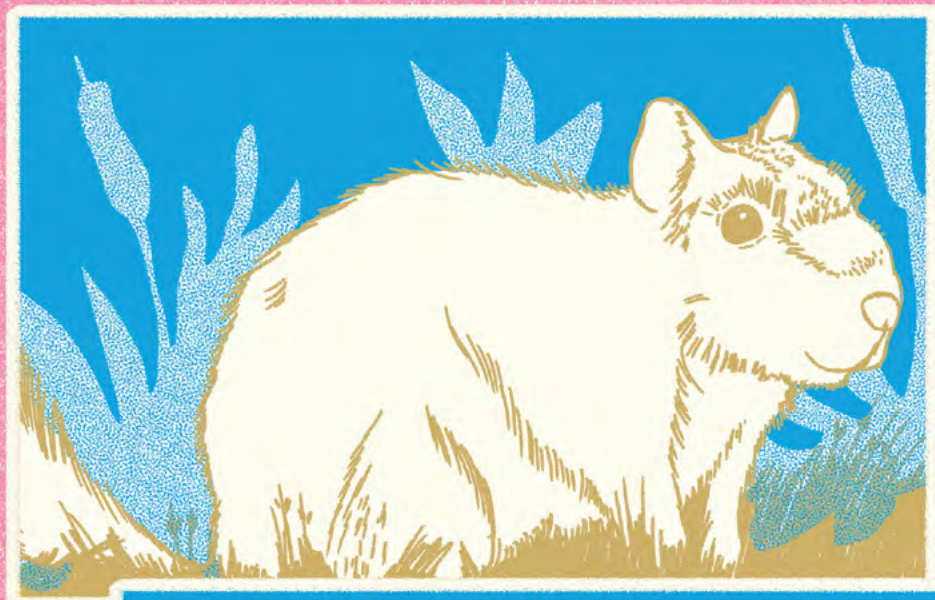
Después de saludar a su familia, Manuel puso manos a la obra. Ansiaba, como periodista y funcionario, difundir y poner en práctica las nuevas ideas políticas y económicas aprendidas en Europa.

Como este no es un libro cualquiera sino un libro de viajes, dejaremos a Manuel trabajando día y noche en Buenos Aires y nos iremos a conocer, antes de que él llegue, uno de sus destinos más famosos: Rosario.

Ahora es una de las ciudades más grandes de Argentina, pero en 1812 era un pueblo pequeño rodeado de ranchos, estancias y fortines que lo

protegían de los ataques de los pueblos indígenas. Tenía una plaza, una iglesia, un puerto rudimentario a orillas del Paraná, alguna pulpería y casas particulares. Allí vivían varias familias de artesanos, comerciantes, pescadores, militares y también los esclavos.





Rosario estaba rodeada de arroyos transparentes y grandes pastizales donde vagaban avestruces, vizcachas, perdices y lagartos. Al salir del pueblo, podían encontrarse lagunas con juncos y lomas con cardos pinchudos tan altos como un jinete a caballo.

En los ranchos de las afueras, donde habitaba la mayoría de la gente del pago, las noches eran por demás de silenciosas. Pero al salir el sol todo cobraba vida: cantaban los gallos, los perros perseguían ladrando a los pájaros, las jóvenes partían a ordeñar las vacas y los jóvenes a ensillar los caballos. Entonces compartían el mate o un jarro de leche tibia recién ordeñada.

—Fumar le perjudica la salud, Doña Olivia —le advirtió un comerciante que justo pasaba con su ruidoso carro por el camino real.

—No sabía que se había metido a médico, Don Gómez —le respondió ella—. ¿Viene de Buenos Aires?

—Así es —dijo el otro sin detener la marcha, y le pegó tal grito a sus mulas que los perros y la propia Olivia dieron un salto.

—Nos va a matar del corazón, Don Gómez. Y dígame, ¿qué noticias trae? —preguntó ella.



—Nada buenas, Doña —dijo el otro—. Parece que Napoleón, el emperador francés, tomó preso a nuestro rey Fernando VII. Dicen que Fernando se fue de Madrid y está cautivo en Francia. En España hay una guerra contra los franceses. Es un caos. ¡No se sabe quién nos gobierna! No veo que falte mucho para que también aquí estalle la guerra.

—Dios no lo quiera —dijo Olivia.

Don Gómez pensó en sus negocios, que se verían arruinados. Y Olivia, en su marido y sus ocho hijos varones, tan pobres como buenos jinetes, que sin dudas serían reclutados por la milicia. Sin ellos, las mujeres tendrían que cargarse todo el trabajo de la chacra: arar, sembrar, regar, cosechar, comerciar, cazar, pescar y carnear. Todo aquello sin dejar de cocinar, lavar, tejer, bordar, ordeñar, limpiar, cuidar a los ancianos y a los niños. De ningún modo la guerra era algo bueno.

—Hasta pronto, Doña Olivia —la saludó el comerciante, y agitando su mano se perdió con el carro detrás de un bosquecito de ceibos.

—Hasta pronto, Don Gómez —le gritó ella—. ¡Y la próxima traiga mejores noticias!



Pero Don Gómez tuvo razón.

Napoleón había avanzado por toda España y los que gobernaban en nombre de Fernando VII —que seguía preso— habían escapado. Aquellas noticias produjeron un temblor en Buenos Aires. No un temblor de verdad, sino una serie de importantes cambios políticos. El primero de ellos: la creación de la Primera Junta de Gobierno, en la que Belgrano fue vocal.

Con las noticias que iban y volvían en los barcos, se formaron distintos bandos. De un lado, los fieles a Fernando VII y a las autoridades que lo reemplazaban en España. Del otro, los que querían un gobierno propio, como Belgrano y buena parte de los porteños. Pero por ahora todos peleaban por el derecho de Fernando VII a la Corona.



Lo cierto es que el rey seguía preso y había mucha confusión. A quienes estaban a favor de un gobierno propio en Buenos Aires, sus enemigos los llamaban revolucionarios. Pero estos, al menos públicamente, no hablaban de independencia. Así se explica por qué en el fuerte de Buenos Aires, gobernado por la Primera Junta, no flameó entonces ninguna bandera local, sino la del rey de España.

Precisamente en una de las habitaciones de ese fuerte, Belgrano estudiaba a toda prisa los libros de batalla.

—¡Apasionante y complicado! —exclamó frente a las miles de flechas que explicaban los movimientos de soldados de una famosa batalla—. Estudié todo menos cómo hacer la guerra. ¡Y en cinco días parto a Paraguay al mando de un ejército! No señor, no hay tiempo para descansar ni para ver a la familia. Tendré que adaptarme a esta nueva vida, y rápido, si quiero llevar a nuestros hombres a la victoria.



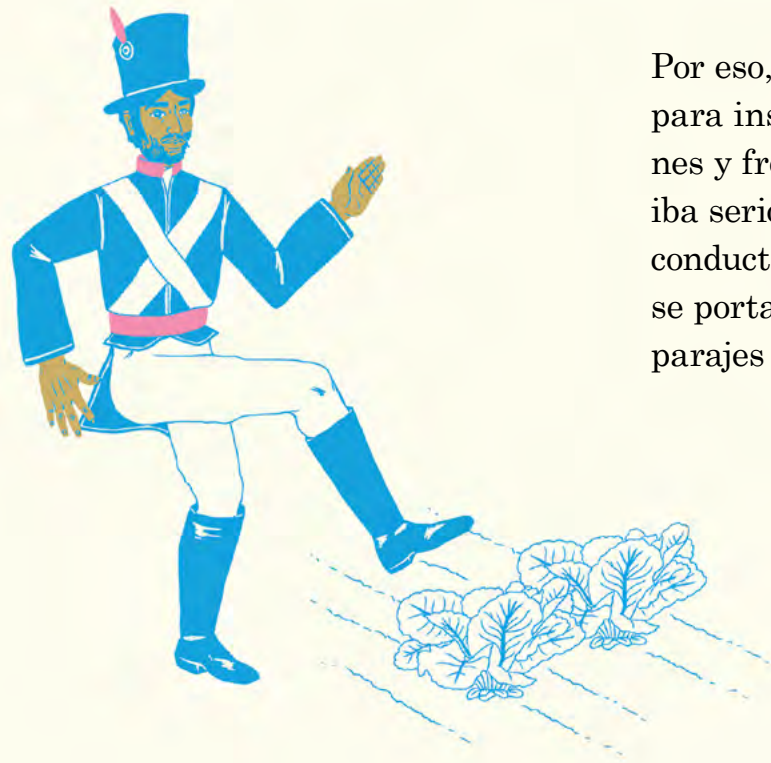
Belgrano intentó negociar la obediencia de los paraguayos al nuevo gobierno patrio, pero no hubo caso. Entonces se desató la acción.

—Los paraguayos son más, se saben de memoria los senderos entre los pastizales y los cruces de los ríos torrentosos. ¡Y qué jinetes fenomenales! No tenemos chances... —comentó Manuel a uno de sus coroneles mientras observaban desde una loma el campo de batalla.



Dos derrotas fueron suficientes para aprender varias cosas. Entre ellas, que tenía que imponer disciplina a sus hombres a pesar de los reveses y de la penuria en que tenían que vivir y combatir. Aprendió también, a su regreso a Buenos Aires, que debía rendir cuentas de sus fracasos militares al gobierno patrio. Y sobre todo, Manuel conoció otro tipo de viaje, muy diferente al de estudio.

El viaje de combate, lleno de incertidumbres, peligros y acechanzas.



Por eso, mientras viajaba a Rosario para instalar allí una batería de cañones y frenar así los barcos enemigos, iba serio y concentrado. Vigilaba la conducta de sus hombres para que no se portaran mal con la gente de los parajes donde descansaban.

—¡No pise las lechugas, cabo! —le gritó a un soldado distraído.



—¿Pagó esa sandía, Ramírez? —le preguntó al cocinero.

Y así estaba todo el día.



Por las noches, en lugar de dormir, proseguía con sus estudios militares y escribía cartas para enterarse cómo iban los otros ejércitos que peleaban por la causa de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

A la madrugada, muy cansado, Manuel confiaba esos mensajes a sus jinetes más veloces para que los entregasen.



Hasta entonces, los pobladores de Rosario y sus alrededores se protegían de la amenaza enemiga con unos pocos soldados. Habían logrado hundir con sus cañones más de una decena de buques, pero el miedo se apoderaba de ellos en cada enfrentamiento. Tomaban precauciones, como mantener lejos de la orilla la cosecha y el ganado, por temor a perderlo todo.

De allí la alegría de Doña Olivia, su esposo, su suegra, sus hijas, sus hijos, sus perros e incluso su pequeño loro verde sin cola cuando vieron llegar a las tropas de Belgrano.

Los soldados venían sofocados por la marcha en pleno febrero, con pobres armamentos y, en muchos casos, sin uniforme militar. Pero allí estaban, listos para instalar más cañones y defenderlos.

Manuel, con el correr de los días, no pudo evitar quejarse del calor, de las picaduras de los mosquitos y de las feroces lluvias. Así era, y sigue siendo, el litoral en verano.

Pero solo tenía palabras de halago para el pueblo de Rosario.

Olivia, por ejemplo, llevaba cada día al campamento un pesado canasto con pan horneado. Gómez, el comerciante, varias monedas de plata y alhajas para aportar a la causa. Y cuando hubo que coser la primera bandera, allí estuvo la mano de la señora Catalina, entre otras.

Eso ocurrió así.

Hasta aquel momento, por raro que parezca, la revolución seguía sin bandera. En realidad era peor: solo flameaba la bandera del rey. Era necesario crear una bandera patria, porque se había dado el caso de que de un lado y del otro pelearan con el mismo distintivo rojo.

Manuel, que ya no pensaba como un funcionario de la corona, sino como un jefe y un soldado, no podía tolerar aquella confusión. Así que envió una carta a Buenos Aires para pedir que se unificara el color del ejército patrio con una escarapela blanca y azul-celeste.

Cuando días más tarde le dijeron que sí, pidió de inmediato a una señora de Rosario que confeccionara una bandera de esos colores para el día de la inauguración de los cañones.



Manuel invitó a toda la gente del pueblo. Los rosarinos estaban chochos, y más aún cuando sonaron los poderosos cañones y se desplegó aquella bandera a la que los soldados juraron, por primera vez en la historia, defender la patria y vencer a los enemigos.

Belgrano dio entonces un breve y encendido discurso sobre la lucha de los pueblos hispanoamericanos que llenó de orgullo a los presentes. Aunque claro, como suele ocurrir en cualquier reunión grande, no faltaron los comentarios.



—No digo que no sea linda, pero a mí me gustaba más la bandera roja. Era un poco más alegre —dijo Clementina, una señora distinguida.

—A mí me gusta más la nueva —le respondió Hugo, su hijo mayor, que siempre le llevaba la contra.

—Yo le agregaría algo, no sé, un sol —dijo Josefa chica, una niña morocha, hija de Josefa grande.

—¡Pero no! ¡Mirá si le vas a poner un sol a una bandera! —dijo Alfio, el tambero.

Y así continuaron hasta que se hizo de noche y cada uno volvió a su lugar, ya sea una casa, un rancho o el campamento.

Belgrano estaba terminando de escribir una carta al gobierno de Buenos Aires, contando que fue enarbolada la nueva bandera y lo bien que habían salido los festejos, cuando entró un mensajero a su tienda y le entregó un sobre. Manuel lo abrió y acercó el papel a la luz de la vela para leerlo.

—¡No hay tiempo que perder! ¡Hay que partir mañana mismo hacia el norte! —gritó.

Y dio orden de preparar todo lo necesario.
Comenzaba un nuevo viaje.



La misión de Belgrano y sus hombres era derrotar a los enemigos del Alto Perú, que estaban apoyados por los poderosos ejércitos que partían desde Lima. ¡No era muy fácil que digamos!

Si bien es cierto que en el norte no había mosquitos ni humedad como en Rosario, en cambio había montañas llenas de cactus pinchudos y curiosas llamas. El sol era tan intenso como heladas las noches. Y marchar por allí, muchas veces sin saber el camino, era muy difícil. Había que atravesar quebradas en busca de agua y reclutar soldados en parajes solitarios. Y también entrenarlos. Cada día, a pesar de las dificultades y muchas veces sin haber comido nada, los soldados y sus oficiales realizaban los ejercicios de guerra.



El fuerte apoyo de los pobladores del norte y la disciplina que Belgrano supo imponer les permitió ganar dos importantes batallas en aquella misión. Pero, a medida que sus fuerzas penetraban en las montañas del Alto Perú, las tropas rivales comenzaron a vencerlos.

Belgrano entregó el mando de aquel ejército a San Martín y se volvió a Buenos Aires, donde otra vez tuvo que dar explicaciones al gobierno por las derrotas sufridas en el frente.

La vida en campaña había hecho estragos en él. Tosía constantemente y apenas si descansaba por las noches.

¿No creen que a esta altura a Manuel le vendrían muy bien unas vacaciones? En vez de hacer eso, se embarcó como diplomático y pasó varios meses recorriendo la Corte de Brasil y las de Europa. Su misión era lograr el apoyo de Inglaterra a la causa patriótica. La misión no resultó como esperaba, aunque aprovechó el tiempo y se hizo retratar.

Volvió a Buenos Aires y en 1816 viajó en carreta hasta Tucumán. Allí estaba reunido el Congreso que el 9 de julio declaró la independencia definitiva de España. Manuel les propuso a los diputados coronar como rey a un príncipe inca, pero la idea no prosperó. Poco después se volvió a calzar el traje de general, con el encargo de proteger a las provincias del norte de una invasión enemiga, mientras San Martín liberaba Chile con su poderoso ejército.

Finalmente, cuatro años después, agotado por tanto esfuerzo, volvió a Buenos Aires. Tanto había hecho por la causa que no había tenido tiempo para sus negocios personales. Ya no quedaban rastros de la riqueza familiar, y todavía no asomaba una patria unida y próspera.

Recordaba, eso sí, a cada uno de los soldados con los que había compartido la marcha, la comida escasa, los duros años de guerra.

Ese fue, a fin de cuentas, su verdadero tesoro.

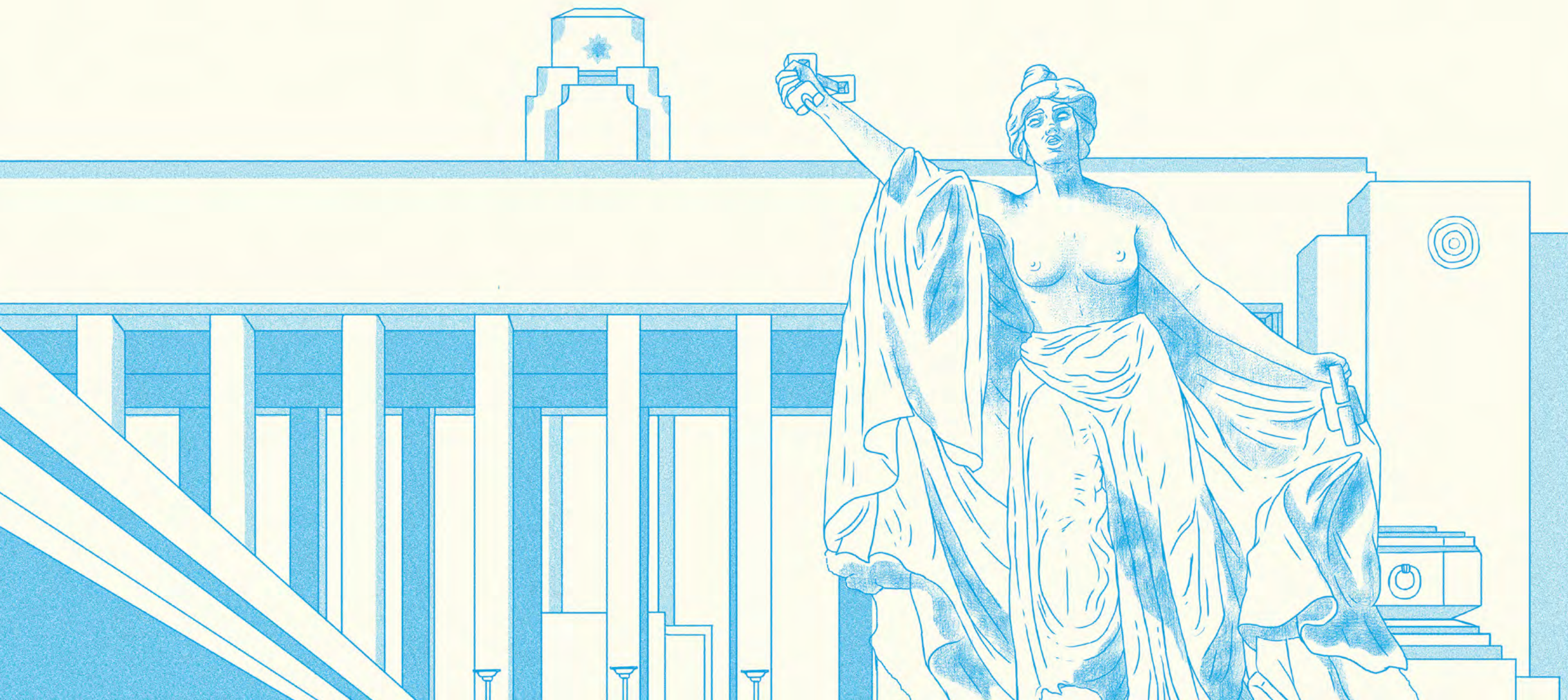


¿Dónde empieza y dónde termina un viaje? ¿Cuándo se lo vive? ¿Cuándo se lo cuenta?

La historia de Belgrano y la primera bandera no se hizo famosa hasta tiempo después, cuando apareció contada en un libro escrito por Bartolomé Mitre. De ese libro pasó a otros, y a los diarios, y su cara apareció estampada en los billetes y se organizaron festejos para

conmemorar la fecha. Rosario se convirtió entonces en la Cuna de la Bandera, y Manuel en su padre. Fue en uno de sus tantos viajes. En el más breve, y quizás el menos importante en su momento.

Así que ya sabemos, todos los viajes importan. Y mientras haya alguien que los cuente, nunca se terminan.



A 250 años de su nacimiento, *Los viajes de Belgrano* es una propuesta conmemorativa y fundamentalmente educativa, resultado de una tarea conjunta entre la Municipalidad de Rosario y la Universidad Nacional de Rosario de la que participaron profesionales del campo de la investigación histórica y de la literatura, las artes visuales, la edición y el diseño.

El Programa Argentina 200 Años pertenece al Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (IECH), Unidad Ejecutora de doble dependencia (UNR/CONICET) con sede en la Facultad de Humanidades y Artes. Está destinado a realizar tareas de investigación y extensión en Historia Argentina. Varios de sus integrantes participaron en la elaboración de contenidos de este libro: Elsa Caula, Alejandro Eujanian, Ignacio Martínez, Irina Polastrelli, Marcela Ternavasio y Ana Wilde.

Agustín Alzari (Junín, 1979) es licenciado en Letras por la UNR y doctor en Letras por la Universidad Nacional de La Plata. Trabaja como editor en el Ministerio de Cultura de Santa Fe. Es autor de los libros *La internacional entrerriana* (EMR, 2014), *La solución* (Yo Soy Gilda, 2016) y *Alejo y los excavadores* (Listocalisto, 2019).

Malena Guerrero (Rosario, 1993) es licenciada en Diseño de Comunicación Visual por la UNR, ilustradora y animadora. Sus trabajos fueron publicados en medios digitales e impresos como LatFem, Anfibia y femiñetas, entre otros. Integra la colectiva gráfica Cuadrilla Feminista.



Los viajes de Belgrano / Agustín Alzari ; Malena Guerrero ;
editado por José Ignacio Sainz. - 1a ed. - Rosario : Editorial Municipal de Rosario, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-1912-99-5

1. Historia Argentina para Niños. I. Guerrero, Malena. II. Sainz, José Ignacio, ed. III. Título.
CDD 982

© Municipalidad de Rosario

Secretaría de Cultura y Educación

Año 2021

Contenido

Elsa Caula, Alejandro Eujanian, Ignacio Martínez,
Irina Polastrelli, Marcela Ternavasio y Ana Wilde,
integrantes del Programa Argentina 200 Años
(IECH/UNR/CONICET)

Texto

Agustín Alzari

Ilustraciones

Malena Guerrero

Edición

José Sainz

Diseño y puesta en página

Lis Mondaini

Corrección

Valentina Bona

Intendente

Pablo Javkin

Secretario de Cultura y Educación

Dante Taparelli

Subsecretario de Industrias Culturales y Creativas

Federico Valentini

Director del Museo de la Ciudad

Nicolás Charles

Asociación Amigos del Museo de la Ciudad

Pte. Elías Soso

Universidad Nacional de Rosario

Rector

Lic. Franco Bartolacci

Vicerrector

Od. Dario Masía

Secretario General

Ing. Agr. MSc. Guillermo Montero

Decano Facultad de Humanidades y Artes

Prof. Alejandro Vila

Banco Municipal

Presidente

Adrián Giacchino

Vicepresidente

Patricia Cosgrove

Director

Sebastián Azerrad

Director Representante del Personal

José Barraza

Gerente General

Ana María Bonopaladino



Municipalidad
de Rosario

:e(m)r;
EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO



MUSEO DE LA CIUDAD
WLADIMIR MIKIELIEVICH



Este relato ilustrado es un recorrido por la vida del creador de la bandera nacional —con sus victorias y derrotas, ilusiones y frustraciones, convicciones y dudas— a través de sus viajes a destinos como España, Paraguay, Inglaterra y el Alto Perú. En ese itinerario, el libro se detiene particularmente en una estación; el viaje a la entonces conocida como Villa del Rosario en febrero de 1812. Por supuesto que para Rosario y sus habitantes, como para los argentinos en general, fue y será el más recordado de todos los que haya emprendido Manuel Belgrano. Sin embargo, no fue el primero ni el último ni el más largo ni el más accidentado.

